



www.loqueleo.com/es

© 1993, Antonio Martínez Menchén

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-056-5

Depósito legal: M-37.934-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: octubre de 2018

Más de 40 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

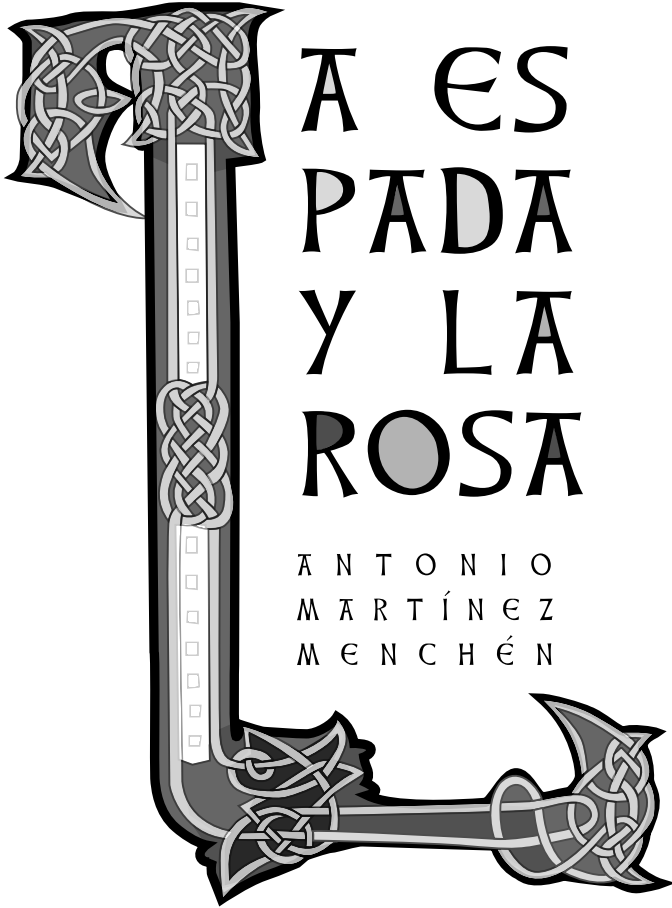
Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



LA ES
PADA
Y LA
ROSA

ANTONIO
MARTÍNEZ
MENCHÉN

loqueleg

*A mi sobrina Anabel,
amante de todo lo medieval.*

Nota preliminar

7

Este relato no pretende ser una novela histórica. De hecho tan solo he seguido los hechos históricos en el episodio referente a la primera cruzada. El resto, tanto en los nombres como en los lugares y acontecimientos, es completamente imaginario. Incluso la cronología puede resultar algo fantástica, pues en el transcurrir novelesco los años pueden equipararse a decenios, tal como ocurre a quienes vivieron en la maravillosa isla de Avalón.

Lo que he pretendido en este relato es dar a conocer a los muchachos algo de lo que por diversas razones se encuentran alejados: la literatura medieval. Así que dentro de una estructura argumental original, pero que responde a la de múltiples obras medievales y a la de los cuentos de hadas, he ido insertando como trama una serie de temas tomados de diversas obras de la Edad Media —poemas caballerescos y religiosos, lais, fábulas— que el conocedor podrá fácilmente identificar.

Unas veces —como en la leyenda del Caballero del Cisne según La gran conquista de Ultramar— la trasposición, aunque resumida, es muy fiel; otras veces he transformado o modificado el tema original; otras, en fin, me he limitado casi a una breve cita.

Aunque la mayoría de las fuentes utilizadas lo han sido de la literatura medieval occidental, y muy particularmente de la francesa, también he manejado, sobre todo en la aventura fantástica de Gilberto, fuentes orientales. La diferencia entre una y otra es escasa, ya que ambas se encuentran en ese terreno común, fuente de toda la gran literatura, que es el relato mítico.

8 *Con todo ello he pretendido construir una obra eminentemente lúdica, en la que, mediante una serie de temas literarios medievales, se dé al joven lector una panorámica de todo un periodo histórico —la Baja Edad Media— con su belleza y su miseria, su brutalidad y su piedad, su ignorancia y su sabiduría, su crueldad y su religiosidad profunda.*

Al final del libro, en el apéndice, el lector encontrará información sobre los temas relacionados con fuentes medievales que aparecen en el libro.

El monasterio abandonado

Cuando empieza a tañer la campana es que va a soplar el viento del norte.

Una vez pregunté al hermano Martín por qué toca esa campana sin que nadie la agite, pero el hermano no supo responder.

La campana es pequeña. Cuelga en una espadaña situada sobre la puerta de entrada del monasterio. Esa puerta, como todo el monasterio salvo la antigua cocina del patio donde vivimos Martín y yo, se encuentra en ruinas. Nadie puede hacer sonar la campana. Solo el viento del norte.

Pero la campana tañe antes de que el viento del norte comience a soplar. Tañe al atardecer, en días oscuros como este con el cielo cubierto de nubarrones plomizos que penden inmóviles del aire. Pasa gritando una bandada de cuervos y, apenas se han perdido sus gritos allá hacia el sur, comienza a tañer la campana. Es entonces cuando dice el hermano Martín: «Moisés, añade un buen tronco al fuego. El viento del norte va a soplar».

Pronto comienzan sus aullidos. Porque el viento del norte nos trae los aullidos del lobo y los demonios,

aunque yo no sé si se limita a traer sus aullidos o son esos mismos aullidos los que forman, los que constituyen la propia sangre y carne del viento del norte.

10 Vuelan en remolinos las últimas hojas del otoño. Tiemblan cimbreándose hasta rozar el suelo con su copa los álamos y los cipreses. A veces uno se desgaja con un gemido casi humano, pero más fuerte, más intenso; tal un gigante que gimiera. Entran ráfagas heladas por la puerta, por la chimenea, esparciendo las llamas. Es atroz este silbido que llega hasta los huesos. Cuando ya todo está oscuro, las llamas agitadas pintan las paredes con figuras siniestras. Temblando de frío y miedo me acurruco junto al hermano Martín. Es entonces cuando el hermano me narra antiguas historias, historias de monjes que vendieron su alma al maligno, de leprosos que ponen sordina a su campanilla para sorprender al viajero, de partidas de soldados que incendian y asolan la campiña, de campesinos hambrientos que acechan a los niños a quienes asesinan y luego devoran para combatir su hambruna, de siervos fugitivos que viven entre las bestias salvajes en lo profundo del bosque. Silba el viento, se agitan bajo su soplo las llamas del hogar que llenan en su danzar de inquietantes figuras las paredes y yo, tembloroso y asustado, me acurruco junto al hermano que narra antiguas historias. De pronto el monje cesa en su parla.

—Escucha —dice—, escucha el silencio. El viento ha dejado de soplar. Ahora está nevando.

Sí. Ha comenzado a nevar. Me esfuerzo en ver, a través de la tabla rota en la parte superior de la puerta de roble que el hermano atranca con un grueso leño, los copos blancos que caen mansamente sobre el huerto, pero mis ojos no pueden taladrar la oscuridad.

El hermano y yo permanecemos junto al fuego que ahora arde tranquilo. Me gana el sueño y quedo dormido junto al lar. No sé el tiempo que llevaré durmiendo, cuando el salvaje silbar de una ráfaga de viento en la chimenea me despierta sobresaltado.

11

El viento del norte sopla otra vez.

Ahora ya no caerán lentos y mansos los copos de nieve, sino que la ventisca los agitará en cegadores torbellinos.

Que Nuestro Señor y su Santa Madre tengan piedad de quien yerre su camino en noche como esta.

León, el gran alano que se trajo el hermano Martín de la abadía, ha comenzado a gruñir enseñando los dientes.

Hay alguien tras la puerta. A través del roto cuarterón me parece distinguir, destacándose de la oscuridad, la parte inferior de un rostro cubierto por una espesa barba blanquecina.

Temeroso, despierto al hermano.

—Hay alguien en la puerta —digo.

León gruñe fieramente. El hermano se incorpora, empuña una gruesa rama de roble y pregunta:

—¿Quién va?

—Un pobre peregrino —responde una voz grave y recia.

Duda el hermano entre los dictados del temor y la caridad. Por fin se decide.

—Sujeta al can —me dice mientras desatranca la puerta.

12 Entra el viajero. Gracias a Dios, y en contra de lo que temíamos, entra un hombre solo. Un hombre de edad, casi un anciano, de estatura gigantesca, el cuerpo abrigado por una larga capa toda cubierta de nieve. También cubre la nieve su barba y su cabello entrecano. Debe de estar enfermo de los ojos, pues tantea al andar.

—Quitaos la capa y sentaos junto al fuego —dice el hermano Martín. Y al observar el paso vacilante del viajero, añade—: ¿Estáis enfermo?

—Son los ojos —responde el viajero mientras se despoja de la capa y toma asiento junto al hogar—. Veo cada vez peor.

—¿Y dónde camináis casi sin poder ver y en noche como esta?

—Marchaba en peregrinación para orar ante el Señor Santiago en cumplimiento de una promesa. Pero creo que erré el camino.

—¿Andabais solo?

—Un mozuelo me servía de ojos. Mas picole una serpiente y murió.

—En una noche como la de hoy —dice el hermano—, andando solo y perdido, milagro me parece que vos no estéis también muerto.

—Cuando reina la oscuridad, mejor nos valemos quienes estamos acostumbrados a la penumbra que los

hechos a la luz. Hace horas llegó hasta mí un son de campana. Orienté mis pasos hacia él, y aun cuando pronto se apagó, ya no pudieron desviarlos ni el bramar del viento ni los torbellinos de nieve.

Aunque sentado junto al fuego, largos escalofríos estremecen al viajero. El hermano Martín ha calentado un resto de nuestra sopa de coles.

—Esto os entonará —dice alargándole la escudilla.

—Dios premie vuestra caridad.

Se ha calmado el viento. El alano cesó en su fiero gruñir y permanece tranquilo tendido a mis pies.

—¿Dónde están los monjes? —pregunta.

—No hay monjes. Si vieseis mejor os hubierais dado cuenta de que os halláis en un monasterio en ruinas, abandonado. Hace ya largo tiempo la abadía se quemó y los monjes la dejaron para fundar otra a dos jornadas de aquí, río abajo. Esto desvió el camino de los peregrinos. Vos tomasteis la antigua senda abandonada.

—Pero dentro de lo poco que mis ojos me dejan percibir, vos mismo sois un fraile.

—Tan solo un pobre lego —responde humildemente el hermano Martín.

—¿Y cómo no marchasteis con los demás?

—Me negué a ello. Hace muchos años, alguien me abandonó a la puerta del monasterio. Los monjes me criaron en él. Cuando ellos se fueron, pensé que si Dios me había traído aquí sería con algún designio. La cocina en que ahora estamos se había salvado del incendio y aún estaba habitable. Disponía del huerto, que me propor-

cionaba hortalizas y algunas frutas, y del río, donde podía pescar. Lo suficiente para vivir conforme a la Orden de San Benito. La iglesia, aunque casi en ruinas, continuaba siendo un lugar santo donde poder orar. Solicité al abad permiso para vivir como ermitaño y él me lo otorgó.

—¿Y el muchacho?

14 —Hace unos once años, cuando yo llevaba muchos viviendo en esta soledad, un día bajó el río lleno de cadáveres. Entre tanto muerto vi, sujeto sobre un escudo, un niño de unos dos o tres años. Estaba aún vivo. Lo rescaté de la corriente, lo cuidé, le puse por nombre Moisés y lo dejé conmigo, pues pensé que él también había llegado hasta aquí por oculto designio del Señor.

Arrecian los escalofríos del viajero. El hermano le toca la frente.

—Estáis ardiendo. Tendeos a descansar mientras os preparo una tisana.

—No quisiera molestar más —dice el hombre tumbándose sobre una frazada de heno—. Mañana me gustaría reemprender mi peregrinación.

—Eso —responde el hermano Martín— será solo si Dios lo quiere.

El viento ha soplado durante toda la noche.

Gime de tarde en tarde León, echado manso a mis pies. El viajero duerme intranquilo. De vez en vez lanza unos suspiros profundos y entre sueños habla una extraña lengua, desconocida para mí.

Al escucharle ese raro idioma me viene el recuerdo de otro viajero que en mala hora fue acogido una noche en la abadía, ya que habría de ser la causa de su hundimiento.

Muchas veces a lo largo de estos años, el hermano Martín me contó la historia. Tantas veces la narró con tales detalles, que casi puedo ver a aquel viajero que llegó al entonces floreciente monasterio muchos años antes de que yo naciera. Puedo ver su alta figura envuelta en una capa negra, sus ojos negrísimos con una mirada de fuego, sus negros rizos cayendo sobre una frente morena surcada de profundas arrugas, su entrecejo sombrío. Más que cristiano —decía el hermano Martín— semejaba uno de esos sarracenos enemigos de Dios.

Caritativamente acogieron los monjes al extraño. Contra lo que presagiaba su apariencia, resultó buen cristiano y frecuentaba la oración. Mas cuando le preguntaron por su vida, confesó haber morado largo tiempo en tierra de infieles. Allí, entre moros y judíos, aprendió varias ciencias, entre ellas el arte de curar. Esto hizo que la mayoría de los monjes le miraran con recelo. Pero aparte de fray Humberto, encargado del herbolario, que pronto se benefició de la ciencia del extranjero, encontró en fray Silvestre, el bibliotecario, un decidido y poderoso valedor.

Ahora, mientras contemplo al peregrino y al hermano Martín dormir junto al lar y escucho el silbar del viento del norte, recuerdo la historia que tantas y tantas veces me narró el hermano. «Si fray Silvestre», decía, «no le hubiera protegido, él no hubiera permanecido en la abadía y esta seguiría en pie tan próspera y floreciente como antaño.

Fue su afición desmedida por la ciencia del forastero lo que nos trajo la ruina. Que Dios le haya perdonado».

El peregrino se revuelve inquieto. La calentura le hace delirar. Habla con palabras entrecortadas que no comprendo, pero que me suenan al ladrar de la morería. ¿Habrá él también vivido entre infieles, como Hildebrando, como el propio fray Silvestre vivió?

16 Hombre extraño este fray Silvestre, según lo que el hermano Martín me narró de él. Descendía de los grandes señores que cedieron tierras para la fundación de la abadía, de ahí su peso y su poder. Pero antes que fraile fue guerrero y también anduvo en tierras de infieles y convivió con ellos, y hasta dicen que se desposó con una princesa sarracena. Después, cuando arrepentido tomó los hábitos, no aspiró a ser abad, cosa fácil para él dada la alteza de su cuna. Conformose con dirigir el escritorio y la biblioteca, siempre entregado a los autores gentiles contra la opinión al propio abad quien, siguiendo al gran Odilón*, decía no han de ser los antiguos poetas paganos, sino los Santos Padres quienes ocupen el trabajo del monje.

Duerme, plácido, el hermano Martín. El hermano Martín se muestra agradecido a fray Silvestre, porque le instruyó en la Gramática transmitiéndole, lo mismo que él ha hecho luego conmigo, las enseñanzas de Donato**. Pero, sin embargo, da la razón al abad. El gran Odilón,

* Odilón: Más conocido como san Odón, fue el segundo abad de Cluny (879-942). Tuvo una enorme influencia tanto política como cultural en su época.

** Donato: Aelius Donatus. Famoso gramático del siglo IV, autor de las obras *Ars maior* y *Ars minor*, muy utilizadas durante la Edad Media para la enseñanza del latín.

cuenta Martín, tuvo un sueño. Vio en su sueño un jarrón maravilloso, un jarrón de oro y gemas preciosas tan primorosamente modelado que parecía fabricado en el propio Paraíso. Pero, cuando estaba más entregado a la contemplación de la obra asombrosa, comenzaron a salir serpientes por ella. El maravilloso jarrón era un nido de víboras. Y el sabio abad de Cluny supo interpretar el aviso que, mediante su sueño, le había enviado Dios Nuestro Señor. Esa joya hermosísima de la poesía de los griegos y latinos, que tanto gusta a muchos de sus monjes, tan solo guarda en su interior los frutos del Infierno.

17

Pero fray Silvestre es esta poesía de la que gusta y hace que trabajen sobre ella en el escritorio. Cuando llega el extraño peregrino pronto abandona a los demás monjes para pasar el tiempo con él. Ya murmuran en el monasterio sobre la relación de esos dos hombres que tienen en común haber vivido largo tiempo en tierras sarracenas. Y esas murmuraciones se intensifican cuando fray Silvestre dispone de una parte de la biblioteca para que el extranjero se entregue en ella a extrañas prácticas. De muy lejos, seguramente de tierras de moros, hacen traer raros artilugios que nunca antes se habían visto en la abadía y que a todos parecen obra de Satanás. Y mientras los demás monjes se entregan al reposo o la oración, fray Silvestre, descuidando las obligaciones de la orden, pasa las noches con el forastero en aquella torre de la biblioteca cuyas ventanas se iluminan con siniestros resplandores y de la que escapa un humo infernal. Hasta que una noche ocurre lo que todos temían. Se produce un

espantoso trueno y, primero la biblioteca, después todo el monasterio son presa de las llamas. Tan solo se salva esta cocina retirada y en desuso donde ahora habitamos el hermano Martín y yo.

18 Mientras contemplo al hermano Martín dormido junto a este extranjero que en su delirio habla en una lengua extraña, me pregunto si su presencia no le habrá evocado aquel otro que llegó aquí hace muchos años. «Los monjes», me dice el hermano siempre que me cuenta la historia, «creían que era el propio Satán y que se llevó con él a fray Silvestre. Yo no lo sé. El hecho es que nadie pudo encontrar los restos del monje y el extranjero entre las ruinas». Viéndole ahora dormir, me pregunto si habrá pensado que este hombre que junto a él reposa pueda ser, como aquel, también una personificación del Enemigo. En todo caso, ha sabido seguir el mandato de Nuestro Señor que nos predicó la caridad. Él y su Santa Madre permitan que esta caridad nos traiga bien a todos.